

LAUSANNE IV

5-6-7 abril 1968

por

MICHEL CREUZET

«El sentido cristiano de la historia.»

Este tema será el del próximo Congreso del «Office International des Œuvres de Formation civique et d'Action culturelle selon le Droit naturel et chrétien».

¿Por qué el «sentido de la historia»?

Porque esta fórmula, corrientemente empleada, resucita a los antiguos fatalismos proclamados en nombre de una Historia, con mayúscula, implacable en su desarrollo.

Por el cerebro de los «bien pensantes» pasan de ese modo las ideas que encarrilan, paso a paso o simultáneamente, la escuela naturalista, la masonería, el comunismo, el catolicismo liberal, el progresismo, el teilhardismo. Esperando que llegue lo mejor.

No se trata de que, como espectador pasivo de los acontecimientos, el ser humano sea invitado a abdicar de toda iniciativa. Los celadores del «sentido de la historia» proponen, por el contrario, a nuestra libertad, la inserción en esa corriente ciega, infalible, para acelerar su desarrollo con toda la fuerza de nuestra acción. Nos hallamos ante la frase de Malraux: «La revolución juega el papel que jugó la vida eterna.» «La revolución —comenta Jean de Fabrègues— es explicación del mundo, de su movimiento, de su ritmo; (...) es la esperanza y será la terminación (...). La revolución es redención, es también creación, nueva creación del mundo (...)» (1).

(1) J. de Fabrègues, *La révolution ou la foi*, pág. 65, Desclée, 1957

En nombre de «la Historia» se nos invita a quemar nuestras libertades REALES: de propiedad, de empresa, de educación, de acción en las comunidades sociales, de investigación. E incluso las libertades de nuestra fe. Sacrificar esas libertades nos «liberará», se nos dice, de las viejas ligaduras. Nosotros podemos construir «el mundo de mañana», «el hombre nuevo» de la «revolución permanente».

Estas ideas son suficientemente conocidas de nuestros amigos, por lo que no creemos necesario insistir más (2).

Un punto tal vez conviene aclarar: «el sentido cristiano de la historia».

¿Se puede, en una acepción justa, hablar de un sentido de la historia?

Muchos piensan que no lo tiene.

La historia se hace, dicen ellos, al pulso de nuestras libertades. Los acontecimientos no se reproducen jamás en forma idéntica. La historia es menos un proyecto que una resultante.

Si estas contestaciones resultasen ciertas, bajo un determinado ángulo, en el plano de las realizaciones humanas, existenciales, verdadero mosaico en el que se compone el desarrollo histórico, ¿habría que rechazar, y por lo tanto descuidar, la FINALIDAD de este último?

Dios quiere realizar en el tiempo lo que Él ve desde toda la eternidad. Pero, habiendo creado a los hombres libres y deseoso de asociarlos a la acción redentora de Cristo, Él les ofrece el acontecer como un medio de trabajo por Su Realeza.

Al fin de los tiempos, el Señor Jesús cumplirá la historia plenamente, en la Parusia, en el segundo Advenimiento.

Esta óptica divina tiene implicaciones temporales decisivas.

— No hay desarrollo fatídico y monolítico de la historia. En ella intervienen causas múltiples que se entrecruzan y producen efectos frecuentemente discordantes en un mismo período. Presenta «altos» y «bajos» con relación a la Verdad, o al Bien, o

(2) Ver, en particular, Jean Ousset, *Le marxisme-léninisme*, C. L. C., o en castellano su versión editada por SPEIRO, Madrid, 1967.

a lo Bello. Y esto al mismo tiempo. El siglo XVIII produjo en Europa un arte refinado y una gran belleza, en tanto que el filosofismo colocaba las bases de los grandes errores modernos y organizaba su expansión. El «estúpido siglo XIX» del que habla León Daudet marca a la vez el apogeo del liberalismo más escandaloso y el nacimiento del comunismo. Pero igualmente, a través de los pontificados de Gregorio XVI, Pío IX, León XIII... hasta nuestros días, trae el desarrollo de la doctrina social de la Iglesia.

— En una mezcla de bien y de mal, de felicidad y de desgracia, el hombre debe actuar para que la sociedad temporal prepare lo mejor posible la Ciudad Celestial.

— El orden «natural y cristiano» muestra los principios de organización social más conformes a la naturaleza humana y a la obtención del fin sobrenatural para el cual el hombre ha sido creado.

¿Quiere esto decir que alcanzaremos el «paraíso sobre la tierra» el día en que sea erigida una «ciudad católica ideal»?

Ciertamente, no. Nosotros no tenemos aquí nuestra ciudad permanente, dice San Pablo (3). Estaremos siempre en el «valle de lágrimas», en el exilio. A causa del pecado, habrá siempre perturbaciones, desórdenes, fisuras más o menos graves en este «orden natural y cristiano».

— Desigual, dando traspiés, zigzagueante en su marcha, la historia humana nos debe encaminar, no obstante, hacia el Cielo. Es preciso no perder de vista: ni esta meta permanente, ni la fragilidad de las voluntades humanas y de sus construcciones en el tiempo, ni el medio de perfeccionar cuanto sea posible el desarrollo de la historia... en el sentido cristiano querido por Dios.

— Por esto interesa considerar los aspectos incomprensibles de la Verdad en el plano social y político:

a) conocerla: no abandonarse a las «ideas que están en el aire» (expresión de Bloch Lainé) sin preguntarse POR QUÉ

(3) Heb. XIII, 14.

han sido «lanzadas» en el aire... POR QUIÉN. Y qué ideas diferentes deberían ser «lanzadas» por nosotros.

b) perseguirla: sin cansancio, a pesar de las oposiciones. El fracaso aparente de una idea en cierto periodo dado no excluye los progresos de esta misma idea en el periodo siguiente. ¿Quién hubiese creído, a principios de 1917, que Lenin triunfaría algunos meses después? (4).

Lo que nos falta es la perseverancia, la paciencia, el sentido de la acción y de una juiciosa utilización de los acontecimientos.

c) ver las posibilidades de aplicación: el conocimiento de la doctrina no basta, aunque sea indispensable. Hace falta además saber, A LA LUZ DE LA EXPERIENCIA Y DE LA HISTORIA, de qué maneras puede realizarse.

Ciertamente, los hechos no se repiten jamás de la misma manera. Las circunstancias cambian.

Sin embargo, la observación de ciertas constantes permiten ver cómo nuestros abuelos se han mantenido en su época frente a las dificultades particulares para aplicar la doctrina.

Es por lo que el «Office International» no propone solamente: una doctrina teórica y métodos de acción, sino que aspira a que esta doctrina implique un conocimiento de la historia que dote a sus amigos del SENTIDO DE LO POSIBLE.

Si el marxismo es «dinamismo puro» sin referencia al Ser, de nuestra parte se observa a veces un «fijismo dañino». Una vez conocidos los principios, uno se tranquiliza. La inacción y la torpeza en nuestras actividades temporales conduce al éxito de las ideas contrarias.

La ignorancia de la historia es, cuántas veces, el origen de estos defectos. Se conocen los principios, pero no se sabe «qué hacer», como dice el comunista Politzer.

La fórmula «ACCION CULTURAL» ha reemplazado desde hace cierto tiempo a la «acción doctrinal» en el título del «Office». Lo que no carece de razón.

(4) Véase "Permanences", números 44, 45, 46, *Lénine ou la technique du coup d'état*, por P. Ploncard d'Assac.

En efecto, «cuán frágil se corre el riesgo de que resulte la formación del militante católico si no es más que doctrinal (...). Hace falta ser muy ignorante o muy ciego para no saber distinguir, en cada materia, esa parte de verdad que la doctrina formula más metódicamente... y estas otras lecciones de la experiencia humana en todos sus grados» (5) ... especialmente en el de la historia.

El «Office International» no se propone formar una secta de «doctrinarios», machacadores de principios interestelares para vender envueltos bajo papel celofán, sin consideración a sus posibilidades presentes de aplicación en los múltiples surcos del campo social.

La historia, conocida y enseñada en un «sentido cristiano», permite adquirir una soltura en la acción, una seguridad de los juicios de situaciones, un olfato en la apreciación de los recursos, límites, peligros de acontecimientos, que completa armoniosamente la educación para la acción, resultante de los fines y métodos que propone el «Office».

La complementariedad: doctrina-historia corresponde a la deseada por los organismos del Congreso. «Sentido de una eficacia procurada en la diversidad, la subsidiariedad..., con exclusión de todas las tendencias unitarias groseramente coligantes», determina la tercera condición del «Office».

Una obra que se encerrara en la pura especulación —aun cuando estuviese acompañada de una accesión rígida— giraría inevitablemente hacia la organización masificante y finalmente totalitaria, en nombre de una «pureza» que recordaría demasiado aquella de Saint-Just o de los Guardias Rojos. No tendría lugar en el Congreso.

El «Office» reúne organizaciones o personas en un objetivo común: reconstruir el edificio social sobre los fundamentos del derecho natural y cristiano, en el respeto al Papa y a las enseñanzas del Magisterio, para luchar contra la invasión de la revolución bajo todas las formas.

(5) Véase la editorial de J. Ousset en "Permanences", número 44.

Propone un método: el de la acción capilar, de pequeños grupos de trabajo, de contacto humano que permita la infusión de ideas verdaderas en los medios sociales de cada país.

Hemos creído indispensable recordar estas reglas del Congreso. Su observancia condiciona que reconfortemos psicológicamente el sentido de unidad al servicio de una misma causa, de los elementos afectos indispensables para la perseverancia de nuestros amigos, aislados muy frecuentemente en su acción cotidiana.

«En la hora en que se habla tanto de los laicos y de sus derechos, puede ser decisivo que el mayor impulso sea dado a esta auténtica manifestación de un laicado cristiano... de la que por lo menos puede decirse que en modo alguno ha sido suscitada por clérigos, que su vida no le ha sido en absoluto «participada...» (6).

En esta hora de la fe, la protección de los Santos Pedro y Pablo, invocados en el Congreso, nos recordará que «no se edificará la ciudad de un modo distinto a como Dios la ha edificado» (...), que «la civilización no está por inventar, ni la ciudad nueva por construir en las nubes. Ha existido, existe, es la civilización cristiana, es la ciudad católica (...) Omnia instaurare in Christo» (7).

(6) Cfr. "Permanences", número 37, editorial de J. Ousset.

(7) San Pío X, carta *Notre charge apostolique*, 11.